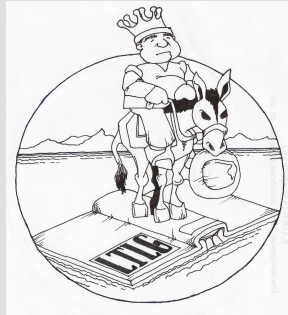


BARATARIA



LITERATURA EN LA GRANJA

EL LIBRO NÚMERO CIEN:
LAS INQUIETUDES DE SHANTI ANDÍA
PÍO BAROJA

LA TERTULIA DE LA GRANJA.
QUIÉNES SOMOS.

QUÉ QUIERE SER BARATARIA

LA TERTULIA DE LA GRANJA.

QUIÉNES SOMOS.

Un lejano sábado de hace casi ya diez años, el azar, el afecto y el gusto por la lectura condujeron a tres amigos a sentarse alrededor de una mesa y a conversar sobre libros, por el placer de hacerlo y disfrutar de su mutua compañía. Después, con el tiempo, se han ido incorporando al grupo nuevos componentes, de formación intelectual, ideología y gustos literarios variados y distintos, que han aportado al encuentro literario nueva savia y diferentes perspectivas literarias. Este encuentro de prosélitos de la literatura se ha dado en llamar “La tertulia de La Granja”, por cuanto celebran sus reuniones en el café bilbaíno del mismo nombre. Se trata de una cita mensual con la narrativa de todos los tiempos, a la que los tertulianos acuden con el propósito, por un lado, de analizar desde diversos puntos de vista todos los aspectos y pormenores relativos al autor y al libro propuestos por uno de ellos, y por otro lado realizar un debate acerca de las ideas más relevantes expuestas en dicho libro.

Durante muchos años la actividad tertuliana se redujo a la celebración de

los Encuentros Literarios en el café La Granja.

Sin embargo, en la actualidad, este grupo de prosélitos de la literatura se ha constituido en Asociación Cultural, con la denominación de ASOCIACIÓN CULTURAL LA TERTULIA DE LA GRANJA (LTLG), y sus actividades van más allá de los meros encuentros literarios. Así, han abierto la participación tertuliana a cualquiera que tenga algo que opinar respecto del libro y autor que se trate cada mes; eso sí, ésta debe ser de forma virtual, a través de la web latertuliadelagranja.com. Han creado también un taller virtual de poesía y llevan a cabo la edición digital, tanto de textos poéticos como de textos en prosa. Además, semestralmente, en febrero y septiembre, convocan un concurso de relatos, el “Certamen de Relatos de La Granja”. La participación en estas actividades se canaliza a través de la página web mencionada. Y ahora se han lanzado a la publicación de una revista de temática literaria, ésta que tienes en tus manos: **BARATARIA. LITERATURA EN LA GRANJA.**

Agurtzane Zalbidea



UNA BILBAÍNADA.

El templo que habitan nuestras musas es el Café La Granja. Un tertuliano granjero nos lo va a describir. Para la ocasión se ha vestido al más sobrio estilo inglés, ha cogido el metro, se ha bajado en la estación de Abando y se ha acercado al local. Él nos abre las puertas.

Vengo de la oficina en metro, dando al transporte público un toque británico, ligero, sin paraguas, sin bombín, con traje príncipe de gales y con camisa corbatera, ambos gris confederado. El traje tiene una pequeña concesión al género femenino en forma de delgadas líneas rosas cruzadas, que combino, generosamente, con el fondo de mi corbata favorita, de seda con hosco cuadritos marengos, suave y áspera a la vez. Cinturón y zapatos ocres, pasador de corbata de oro. Quiero disfrutar de mi cita del jueves, con la soledad. El viaje de ida al trabajo lo hice rodeado de periódicos gratuitos a los que se agarraba un ser humano; en la mayor parte de los casos una mujer, vieja, fea, teñida, mal vestida, mal peinada, con los zapatos sucios, en fin..., un avance de mi próxima estancia en el infierno. Pero no me asusté, porque hoy es jueves y esta tarde gozaré de mi soledad. Afortunadamente, a la vuelta los periódicos han conseguido huir del vagón dejando esparcidas por los asientos a las personas que se aferraban a ellos. Mujeres viejas, con los pies hinchados por las varices; jubilados tostados por el sol que vuelven a casa tras pasar el día paseando por la costa; muchachas con verrugas metálicas en la cara y pelo de color marciano; jóvenes cabohorneros que nunca han subido a un barco; obreros mal afeitados que han acabado la jornada laboral y algún que otro empleado encorbatado, que desentona en el vagón. Todos mirando al vacío, refugiándose en la lectura de novelas de mujeres, hablando por teléfono; nadie repara en mí, caballero trasnochado de mediana edad que está citado con Soledad.

El tren llega a la estación. Los periódicos se han escondido en las papeleras y sus parásitos pasan a su lado sin molestarlos; los periódicos suspiran aliviados. Por la tarde, la papelería es un buen escondite. Por la tarde, el Café es un buen escondite.

Salgo a la tarde fresca y clara del jueves de primavera. Compro un cuarterón de tabaco

holandés y papel catalán, corto y fino, en el estanco. La estancuera me atiende distraída, como si no existiera. Miro el reloj; aún voy bien de tiempo a esa cita conmigo. Me dirijo, como siempre, al Café, mi favorito. El Café es de los años veinte, no sé si felices, pero sí estoy seguro que olvidados. Un maitre de cartón me recibe en la entrada principal, doble, para días fríos y calurosos, giratoria y de bisagra, para románticos y apresurados. Paso junto a él mirando el mecanismo de apertura y cierre del toldo, cuatro paralelogramos negros con corredera, una joya de la mecánica a la vista de todos y sin admiradores.

Entro por la puerta giratoria, dispositivo vencedor de efectos fotoeléctricos, y hago mi viaje de 180° grados hasta el pasado. Parece que su giro antihorario quisiera hacer retroceder el tiempo o, al menos, a mí me lo parece.

El local es muy sobrio, con altas columnas de fundición, pintadas de un gris verdoso y baldosas pequeñas con cuadrados amarillos, blancos y colorados, que se giran y superponen, hasta confundir la memoria. Las paredes están paneladas de madera hasta la altura de los ojos y el resto enfoscada en rosa sudor y humo. Soportan carteles de antiguas ferias taurinas y fotos de la época inaugural que se calientan con la luz naranja de los enormes apliques de latón, cuidadosamente fabricados en estos tiempos para que no se note que no son los originales.

Tristes apliques, tan fielmente reproducidos, que pasan totalmente inadvertidos, salvo para mí que me baño en su luz latonada. Baño que me limpia de verrugas metálicas, de pendientes cabohorneros, de tintes marcianos, de teléfonos móviles, de periódicos gratuitos, de prisa y de presente. Los asientos, desparramados por toda la pared izquierda son cómodos escaños forrados de terciopelo bermejo y sillas con asiento de cuero marrón, remachado con tachuelas doradas. Las mesas, la mayoría tullidas, son de dos tamaños, ambos pequeños, rectangulares y redondeadas, para cuatro o dos

personas respectivamente, soportan una placa de mármol blanco y barato, sobre la que se camufla un platillo, que quiere ser cenicero.

Algunos espejos alargados compiten con los percheros de latón por el territorio irredento de los carteles taurinos. En las baldas superiores, quiero ver los sombreros de los negociantes de Unamuno, pero aún es pronto.

La barra está a la derecha, de falso ébano y auténtico castaño, protegida por un tubo de latón, bruñido por mil clientes, que ríe la desgracia de su hermano que, sucio y desconocido, sirve de estribo a los parroquianos.

Pido un cortado y espero. Observo a un hombre de mediana edad, que luce calva y vaqueros, mientras engulle un par de pinchos de tortilla. No debe haber comido, pues ha pagado el primero y al poco ha pedido otro para socorrer a su estómago despoblado. Las muchachas de verrugas metálicas también han llegado hasta aquí, pero sienten vergüenza de su pelo marciano y sólo usan tintes zanahoria y violín. Los cabohorneros se han puesto americana y corbata, pero todos ellos responden a la publicidad de los grandes almacenes de la esquina y me parece que pertenecen al mismo batallón de penados de la Wermatch.

Llega el café, dulce y amargo al mismo tiempo, y busco la soledad entre la gente. No llega, pero no me impaciento, la espero mirando por las ventanas que escoltan la puerta giratoria y me distraigo con los escudos de las vidrieras que las adornan. Escudos de lobos y robles, de lo lobos y puentes. Escudos coronados con coronas que ahora no reinan, con coronas antiguas de las que yo sólo soy súbdito.

Abro la petaca y cojo un pellizco de vello de mujer castaña, tiene un olor puro y picante, olor de infancia, olor olvidado. Lío el cigarrillo, sin prisa, con la tranquilidad del cazador que pasea por un coto sin perdices, disfrutando del paisaje y pensando en la merienda que lleva en el zurrón. Le pido fuego al camarero que, solícito, me presta un poco de lumbre. Él y yo somos los únicos intérpretes acordes al decorado: él con su camisa blanca y su chaleco y pajarita negros, yo con mi traje príncipe de gales. Los dos completamente irreales. Los dos con tez de latón. Los dos camuflados en el pasado. Siento que pronto llegará Soledad.

Fumo y miro al espejo redondo, de madera tallada, reliquia americana de algún saloon del oeste; me recuerda un cuadro flamenco en el que aparecen un tipo feo con su esposa embarazada y que se reflejan en este mismo espejo convexo para demostrar la pericia del artista. Espejo embustero, espejo desempleado. Sólo yo me reflejo en él, deformado, lejano, latonado, pretérito.

En una esquina, la máquina tragaperras le confiesa su amor lésbico a la máquina del tabaco con sonoras musiquillas y parpadeos de colores. La máquina de tabaco contesta, educada y distante, que su amor es imposible. Sólo yo veo a la lotera y la cigarrera que se resisten a abandonar el refugio de su amor. Entre las dos, el teléfono público alberga al botones, ¿o es un aprendiz de camarero?, todavía no le distingo bien. Sí siento su viejo quehacer de llevar y traer telegramas y su doble olvido en este tiempo en el que nadie necesita ni mandar un telegrama ni usar un teléfono público. En cualquier caso, él también desea a la cigarrera, pero es demasiado tímido para confesar su amor, tanto que rara vez suena su timbre. Calla y reza por no ser desconectado y a veces piensa en que su futuro está en una terminal de correo electrónico con monedas. Dicen que en la estación ya hay una.

Tras la barra, las estanterías de madera muestran triunfales las viejas botellas de fino y vermut, con mugre de lustros, que fueron rescatadas de la bodega en la última remodelación del local. Triunfo vano, pues sólo yo lucho por desentrañar el misterio de su contenido.

Fumo y miro a la clientela, en parejas o grupos de mujeres, también hombres solos que esperan y fuman. Busco mi soledad en la tarima ubicada sobre la escalera que baja a los retretes, y encuentro al pianista en la mesa de mezclas que ameniza los nuevos guateques de las noches del fin de semana. Se apoya, cristalino, en los soportes de los calabrotes, de terciopelo rojo, que protegen el piano virtual. Habla con el limpiabotas, que se queja de la falta de máquina de limpieza de zapatos que le sirva de morada. Está enfadado, pues su colega del Hotel vive cómodamente en esos aparatos, que se pueden encontrar en cualquier planta junto a los ascensores. Si llegara ese dispositivo, él podría salir de detrás de los cortinones, también de terciopelo rojo, con argollas y guías, también de latón, que cubren las ventanas de la pared del fondo.

El estraperlista y la encargada de los servicios suben por las escaleras. animan al limpia con su propia historia de deambulare hasta que instalaron una máquina de condones y otra de cepillos de dientes desechables al lado de los lavabos, donde ahora siguen desarrollando sus actividades, ocultos del bullicio de la planta superior, como en los viejos tiempos. Consuelan al limpiabotas mostrándole al chico de la tienda de ultramarinos y al afilador que, en las escaleras de la puerta trasera, están condenados a esperar eternamente el permiso del maitre para entrar al Café.

Y el permiso llega, pues el maitre, como el camarero, sólo atienden al presente y no necesitan el cobijo del maitre de cartón ni de las botellas de fino amontillado. Mientras, el triciclo del chico y la rueda del afilador se achatarran en la acera, sin estorbar a los peatones demasiado ocupados para verlas.

Fumo y miro al presente, nadie se interesa por los pianistas y limpias fantasmales. Los viejos lucen calvas naturales y los jóvenes artificiales y se miran deseando lo que no tienen, solidarios en su calvicie, solidarios en sus envidias. Las mujeres se agotan hablando de obra de Kafka y otros autores de actualidad. Es la primera vez que los veo y exclamo en voz alta:

-¡Caramba! Una tertulia.

Y oigo la voz del camarero a mi espalda.

-No se sorprenda, llevan varios años reuniéndose, lo que pasa es que lo hacen los

terceros sábados de mes y Ud sólo viene los jueves. Hoy deben haber cambiado el día por algún problema logístico.

Fumo y pienso que la luz latonada ya está afectando al camarero, que pronto hablará con Cotidio, que pronto el afilador y el chico de los ultramarinos podrán entrar al local, que pronto las muchachas marcianas se quitarán sus verrugas metálicas y se pondrán falda de tubo, que pronto los cabohorneros se embarcarán hacia el Pacífico y que pronto ocuparé mi lugar en el Café, latonado y aterciopelado, quizás en el paralelogramo del toldo...

Fumo y miro la pava del cigarrillo que me está diciendo que ya es hora de marchar. Hoy no ha llegado Soledad, pero no estoy triste, pues el próximo jueves volveré al pasado latonado del Café aterciopelado y puede que entonces me reúna con ella.

Miguel San José.

QUÉ QUIERE SER BARATARIA.

- “¿Y dónde está esa ínsula? -preguntó Ricote.

- ¿Adónde? -respondió Sancho-. A dos leguas de aquí, y se llama ínsula Barataria.

- Calla Sancho -dijo Ricote-, que las ínsulas están allá dentro de la mar, que no hay ínsulas en tierra firme”.

Tal vez tuviera razón Ricote, quizá las ínsulas están allá, dentro de la mar. Pero, ¿acaso la fantasía y la inocencia de Sancho no son mucho más atractivas que el pedregoso realismo de Ricote?



BARATARIA. LITERATURA EN LA GRANJA no es una ínsula perdida en el mar; está en tierra firme, a dos leguas de ti, esperándote. Te tendemos un puente para que la visites, para que nos conozcas, para que compartas tu tiempo con nosotros. Somos sus moradores, las frutas de la imaginación de los seres humanos, las historias que manaron de los manantiales de sus corazones, los versos que acariciaron sus frentes en lejanas tardes de estío, las

adivinanzas que ocultaron en laberintos escondidos en valles perdidos. Somos los habitantes de Barataria y queremos que tú seas nuestro Gobernador. Cada seis meses te haremos partícipe de nuestras inquietudes, anhelos e ilusiones, y confiamos en que no hagas la vista gorda ni oídos sordos a las mismas.

NOVENTA Y NUEVE LIBROS, NOVENTA Y NUEVE ENCUENTROS.

Este es el listado de libros tratados en la Tertulia de La Granja. Es un catálogo muy especial, en el que figuran toda suerte de libros, en ocasiones luminosos; otras, oscuros; unas veces, diáfanos; otras veces, herméticos; unas, ligero; otras, de densidad metálica; pero siempre interesantes y objeto de pasiones encontradas.

1	HERNÁN CORTÉS. Madariaga , Salvador	13	EL LEGISLADOR. Palol, Miquel de
2	EL CUADERNO ROJO. Auster , Paul	14	EL SEÑOR INQUISIDOR Y OTRAS VIDAS POR OFICIO. Caro Baroja , Julio
3	DONDE EL CORAZÓN TE LLEVE. Tamaro , Susana	15	FOTOCOPIAS. Innerarity, J.
4	ADIÓS A LAS ARMAS. Hemingway , Ernest	16	EL GUARDIÁN ENTRE EL CENTENO. Salinger , J.D.
5	EL PRIMER SIGLO DESPUÉS DE BEATRIZ. Maalouf , Amin	17	LA VERDAD SOBRE EL CASO SAVOLTA. Mendoza , Eduardo
6	LA BUSCA. Baroja , Pío	18	MIENTRAS NIEVA SOBRE LOS CEDROS. Gutterson , David
7	PIEDRAS DE COLORES. Stifter , Adalbert	19	EL PRÍNCIPE. Maquiavelo , Nicolás
8	LA HISTORIA DE ELISEO Y LA SUNAMITA. Graves , Robert	20	REENCUENTRO. Uhlman , Fred
9	SOSTIENE PEREIRA. Tabucchi , Antonio	21	EL DIABLO DE LA BOTELLA. Stevenson , R.L.
10	GRAN SOL. Aldecoa, Ignacio	22	EL GATOPARDO. Lampedusa , Tomaso Di
11	EL HOMBRE EN BUSCA DE SENTIDO. Frankl , Viktor E.	23	BELARMINO Y APOLONIO. Pérez de Ayala , Ramón
12	DIARIO DE UN JUBILADO. Delibes , Miguel		

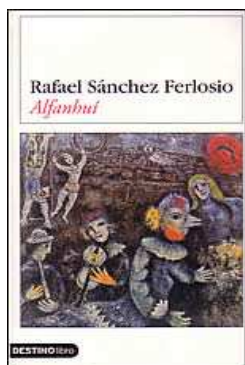
-
- | | | | |
|----|---|----|--|
| 24 | MOMO. Ende , Michael | 41 | EL TRABAJO INTELECTUAL.
Guillon , Jean |
| 25 | UNA CHICA CUALQUIERA.
Miller , Arthur | 42 | HARRY POTTER Y LA
PIEDRA FILOSOFAL.
Rowling , J.K. |
| 26 | CÁNTICOS DE LA LEJANA
TIERRA. Clarke , Arthur C. | 43 | EL ÚLTIMO ENCUENTRO.
Marai , Sandor |
| 27 | EL LAZARILLO DE TORMES.
Anónimo | 44 | LOS SUEÑOS. Quevedo ,
Francisco |
| 28 | MACBETH/HAMLET.
Shakespeare , William | 45 | LA FLAQUEZA DEL
BOLCHEVIQUE. Silva , L. |
| 29 | 1984. Orwell , George | 46 | VIDAS PARALELAS.
Plutarco |
| 30 | IDENTIDADES ASESINAS.
Maalouf , Amin | 47 | LUCHANA. Pérez Galdós ,
Benito |
| 31 | EL RETRATO DE DORIAN
GREY. Wilde , Oscar | 48 | EL HUÉSPED DE LA NOCHE.
Lertxundi , Ángel |
| 32 | EL CORAZÓN DE LAS
TINIEBLAS. Conrad , Joseph | 49 | EL VIEJO QUE LEÍA
NOVELAS DE AMOR.
Sepúlveda , Luis |
| 33 | A PLENO SOL. Highsmith,
Patricia | 50 | LA REBELIÓN DE LAS
MASAS. Ortega y Gasset , José |
| 34 | DESAYUNO EN TIFFANYS.
Capote , Truman | 51 | SOLDADOS DE SALAMINA.
Cercas , Javier |
| 35 | EL NOMBRE DEL MUNDO
ES BOSQUE. Le Guin , Ursula
K. | 52 | AVENTURAS DE ARTHUR
GORDON PYM. Poe , Edgar
Allan |
| 36 | CARLOS V. Erlanger ,
Philippe | 53 | LA TIJERA. Junger , Ernst |
| 37 | EL SEÑOR PRESIDENTE.
Asturias , M.A. | 54 | EL TÍO PETROS Y LA
CONJETURA DE
GOLDBACH. Diodakis , A. |
| 38 | UTOPIÍA. Moro , Tomás | 55 | EL SECRETO DE LA
PIRÁMIDE. Sierra , Javier |
| 39 | CARLOTA FAINBERG.
Muñoz Molina , Antonio | 56 | LA ISLA DEL DR. MOREAU.
Wells , H.G. |
| 40 | EL CUARTO DE ATRÁS.
Martín Gaité , Carmen | | |

-
- | | | | |
|----|---|----|---|
| 57 | PERSPECTIVAS DE GUERRA CIVIL. Erzensberger , H.M. | 72 | *CRÓNICA SENTIMENTAL DE ESPAÑA. Vázquez Montalbán , M. |
| 58 | <u>LA TABERNA</u> . Zola , Emile | 73 | *CHARLES DICKENS. Chesterton , G.K. |
| 59 | PEDRO PÁRAMO. Rulfo , Juan | 74 | EL MASCADOR DE PAPEL. Jensen , Liz |
| 60 | VUELO NOCTURNO. Saint-Exupery , Antoine de | 75 | *CORRESPONDENCIA CON SU HERMANO QUINTO. Cicerón , M. T. |
| 61 | A 30 DÍAS DEL PODER. Turner , H.A. | 76 | *ESTUPOR Y TEMBLORES. Nothomb , Amelie |
| 62 | BALZAC Y LA JOVEN COSTURERA CHINA. Sijie , Dai | 77 | *ILONA LLEGA CON LA LLUVIA. Mutis , A. |
| 63 | EL PROCESO. Kafka , Franz | 78 | *EL DIFUNTO MATÍAS PASCAL. Pirandello , L. |
| 64 | SPUTNIK, MI AMOR. Murakami , Haruki | 79 | * <u>ALFANHUÍ</u> . Sánchez Ferlosio , R. |
| 65 | <u>PARTE DE UNA HISTORIA</u> . Aldecoa , Ignacio | 80 | *LA HORA ESTELAR DE LOS ASESINOS. Kohout , Pavel |
| 66 | *LA CONCIENCIA DE LAS PALABRAS. Canetti , Elias | 81 | *EL JUGUETE RABIOSO. Arlt , Roberto |
| 67 | *ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA. Aranguren , Javier | 82 | *EL ARTE DE LA GUERRA. Tzu , Sun |
| 68 | *SI PUDIERA SER UNA OLA. Rui , Manuel | 83 | *CUANDO SALÍ DE PASEO UNA MAÑANA DE VERANO. Lee , Laurie |
| 69 | *LOS SUBTERRÁNEOS. Kerouac , Jack | 84 | *CRÓNICAS MARCIANAS. Bradbury , Ray |
| 70 | *ERA MEDIANOCHE EN BHOPAL. Lapierre , Dominique | 85 | *JAKOB VON GUNTEN. Walser , Robert |
| 71 | *EL EXTRAÑO CASO DEL DR. JEKYLL Y MR. HYDE. Stevenson , R.L. | | |

- | | |
|--|--|
| <p>86 *<u>LA HOJA ROJA</u>. Delibes, Miguel</p> <p>87 *LA CIUDAD AMARILLA. Manegat, Julio</p> <p>88 *HISTORIA DE MIS PUTAS TRISTES. García Márquez, Gabriel</p> <p>89 *FACTOTUM. Bukowski, Charles</p> <p>90 *VIDA DE DON QUIJOTE Y SANCHO. Unamuno, Miguel de</p> <p>91 *LA PERLA. Steinbeck, John.</p> <p>92 *MIENTRAS DAN LAS NUEVE. Perutz, Leo</p> | <p>93 *VOLVERÁS A REGIÓN. Benet, Juan</p> <p>94 *ADIÓS A SIDONIE. Hackl, Erich</p> <p>95 *AMADO MUNDO PODRIDO. Manegat, Julio</p> <p>96 *LOS GIRASOLES CIEGOS. Méndez, Alberto</p> <p>97 *NAUFRAGIOS. Núñez Cabeza de Vaca, Alvar</p> <p>98 *EL AMANTE BILINGÜE. Marsé, Juan</p> <p>99 FOE. Coetzee, J.M.</p> |
|--|--|

Los libros marcados con un asterisco están comentados críticamente en la página web www.latertuliadelagranja.com.

Los libros que aparecen subrayados son los que merecieron el honor de ser el mejor libro del año tertuliano en que fue propuesto.



 EL LIBRO Nº 100.

PÍO BAROJA: *LAS INQUIETUDES DE SHANTI ANDÍA.*

A Don Pío, con el atrevimiento de la desfachatez, en el 50 aniversario de su muerte. Con todo el cariño, aunque a algunos no les guste.

Alguien dijo que el Arte es más intuición que inteligencia, y a Don Pío le sobraba de la primera. Intuición desde la libertad, desde la subjetividad y desde el espejo de la realidad; desde la vida, en suma.

Pío Baroja y Nessi fue un novelista español nacido en San Sebastián (Guipúzcoa) el año 1872 y fallecido en Madrid el año 1956. Hijo de un ingeniero de minas, se trasladó con su familia (de clase media y con muchos intereses artísticos y literarios) a Pamplona, posteriormente a Madrid (1886) y finalmente a Valencia, donde inició los estudios de medicina, que terminaría en la capital española (1893) con una tesis doctoral de título “El dolor, estudio psico-físico”. Tras ejercer de médico durante dos años en Cestona (Guipúzcoa), prefirió la vida en Madrid, donde entra en contacto con escritores como Azorín y Maeztu, que le llevan a entregarse a la literatura, su gran vocación. Colaboró en varias publicaciones, y publicó su primera obra “*Vidas sombrías*”, una colección de relatos, el año 1900. En su afán viajero, visitó París, Tánger, Londres e Italia, entre 1899 y 1913, e hizo frecuentes estancias en su casa de Vera de Bidasoa (Navarra).

Elegido miembro de la Academia Española en 1935, al estallar la Guerra Civil marchó a Francia, de donde regresó en 1940 para permanecer en Madrid hasta su muerte.



Don Pío fue un hombre pesimista, para qué ocultarlo. Pesimista en su concepción sobre el hombre y el mundo: «la vida es esto: crueldad, ingratitud, inconsciencia, desdén de la fuerza por la debilidad». Y sin embargo, escondía otra cara más amable, la de un hombre compasivo y tierno, la de un sentimental necesitado de cariño, hipersensible ante el dolor y la injusticia; en fin, la de un romántico en busca de la aventura y de la luz. Estas dos vertientes de su personalidad se reflejan con una sinceridad apabullante en su ingente obra novelística. Prefiere el héroe problemático, el emigrado, el rebelde, el prisionero, el criminal. Y pone a todos ellos en acción desde dentro, desde sus anhelos y convicciones. El relato fluye desde el propio personaje, sin un plan preconcebido, en una narrativa abierta, permeable y moderna, con personajes que entran directamente en la acción y, cuando llega el caso, la abandonan súbitamente.

Con todo, Baroja nos dejó un corpus de más de sesenta novelas -agrupadas por él mismo en trilogías- que le convierten, sin lugar a dudas, en el más importante novelista español contemporáneo, de gran influencia en las generaciones posteriores. Una vasta obra -como la de Zola- que representa también el relato vigoroso y sincero de cincuenta años de la historia de este país.

Las inquietudes de Shanti Andía (1911) es una novela llena de mar y de luz, como un

cuadro de Sorolla. Pertenece a la trilogía El Mar. Pío Baroja expresa en ella su romántico entusiasmo por el mar, por la aventura y por las tradiciones vascas. Sí, Don Pío amaba profundamente su tierra), a pesar de que algunos malintencionados lo pongan en entredicho.

Las inquietudes de Shanti Andía es un romance de corte autobiográfico, como así reconoce el propio Don Pío: «Hay en *Las inquietudes* notas autobiográficas y recuerdos de San Sebastián de cuando yo era chico. Mi tía Cesárea, que en la novela se llama la tía Úrsula, vivía en una calle que da al muelle, y desde los balcones de su casa solía yo contemplar el movimiento del puerto». En la novela, el protagonista va recopilando, en su vejez desengañada, los fragmentos de un diario escrito en diferentes épocas de su vida. Por él conocemos su infancia en el pueblecito

vasco de Lúzaro, su juventud soñadora en tierras gaditanas, sus venturas y desventuras como capitán de fragata, y sobre todo la fascinación por su tío Juan de Aguirre, trasunto de antiguos marinos vascos y verdadero héroe de la novela, cuya vida aventurera está plagada de pintorescas peripecias. Desde la conciencia de una vida malgastada, Shanti Andía muestra una nostalgia inmensa por el mar de antaño, que recorrían hombres llenos de impulso viril y de anhelo de aventura, siempre en conflicto con la sociedad convencional.

En definitiva, se trata de una novela intensa, vital, romántica y verdaderamente interesante. Una novela de aventuras llena de viajes, raptos, duelos, naufragios, tempestades, tesoros, encarcelamientos, huidas, combates singulares, herencias inesperadas, asesinatos y atentados y tal vez mucho más.

Joseba Molinero.

RELATOS GRANJEROS .

LA MUJER DEL ESPEJO.

Las primeras luces del amanecer dibujan tenues diagonales sobre el patio de la prisión. La noche se diluye en el monótono gris que mancha sus últimas horas de vida. El patio, los muros, las alambradas, los barrotes, el cemento enrasado de las paredes. Sus ropas. Se mira las manos y su piel también es gris. El minúsculo rectángulo de cielo que pugna por penetrar en su celda aparece enfoscado. La luz de su último día no será dorada.

La tarde anterior un fraile de hábito ceniciento había pretendido escucharla en confesión. Se plantó en medio de la celda y miró hacia el techo, quizá buscando algún dios en el fondo de la bombilla que vertía su luz ácida sobre aquel mundo gris. Rezó en silencio con las manos en alto a modo de rogativa; a continuación se arrodilló en actitud implorante, las manos ahora entrelazadas, sus labios vertiendo un consuelo mudo y sin alas entre las rejas de sus dedos. Actuaba como si ella no estuviera entre aquellas paredes, como si la mujer a quien hubiera de perdonar el dios encastrado en el techo de hormigón —un dios gris e impenetrable—, ya hubiese partido a su

encuentro a través de alguna grieta en los muros.

Con un sobresalto, el fraile pareció percatarse de su presencia. Se incorporó, bajó los ojos, ocultó las manos entre los pliegues deshilachados de sus ropajes, y se enfrentó a ella. “La justicia humana no perdona, pero la divina es misericordiosa”, le recitó como si fuera una salmodia hueca y sin entonación; como si ni él mismo creyera que aquello fuese posible. Permaneció ausente, sin atender al resto del discurso del hombrecillo. Sólo el rechinar de sus dientes reflejó que en aquel cuerpo vencido aún habitaban la ira y el dolor. Porque para ella no existe el perdón, ni siquiera el de Dios. Ni siquiera el de sus propios padres. Sabe que no lo merece y tampoco lo desea, pero el dolor del rechazo anida entre los escombros de su espíritu. Sus ojos viajan más allá del catre cubierto con un colchón de esparto y una manta de tejido rudo. Esquivan el lavabo festoneado de orines y un retrete del que fluye un hálito perpetuo de podredumbre. Quizá su propia alma merezca fundirse con aquel olor a mierda; esa fue la palabra que utilizó su padre para

insultarla mientras le escupía a la cara cuando finalizó el juicio. Y su madre. Cierra los ojos mientras apoya la frente en la pared húmeda y evoca su rostro la mañana de la condena. Briznas de odio silencioso se deslizaron por los pliegues de su vejez, horadando valles aún más profundos en su carne. Valles que ya son cicatrices.

Ahora sólo le queda el consuelo de la muerte. A él desea aferrarse cuando durante el sueño sus manos se le crispan delante de la cara y asen el aire vacío; igual que unos meses antes empuñaron aquel cuchillo, el que la ha arrastrado por la miseria de sofocar los reproches de su propia sombra.

El director de la cárcel la ha visitado al anochecer, cuando los sonidos metálicos que bailaban por las galerías se habían adormecido ya hasta amortiguarse en un murmullo lejano. Se ha sentado en el jergón; así quiere parecer más próximo, menos inhumano. Ella ha permanecido en pie con su vista atornillada en algún punto por encima de la cabeza del hombre. En el pasillo, al otro lado de la puerta entornada, las voces roncadas de cansancio y frustración de los guardianes reptaban por entre la mugre incrustada en las paredes hasta morir bajo la luz de la única lámpara que iluminaba la celda. “No sentirás dolor. Apenas tendrás tiempo de oír el giro de la manivela y ya estarás

descansando de este mundo”, le ha explicado con gesto contrito y falsamente apenado mientras se hurgaba las uñas con la punta de un palillo. Se ha vuelto hacia él y se ha preguntado de qué color serían los ojos de aquel hombre.

El garrote vil era un ejecutor benévolo, pero degradante. Ella, que siempre estuvo orgullosa de su hermoso cuello y de la larga melena azabache que lo arropaba, se veía ahora con su cabeza desvestida, como la de aquellas mujeres de su infancia cuya única culpa fue estar casadas con los vencidos en una guerra; recuerda sus gargantas escuálidas asomando desde unas camisolas muy parecidas a la que ahora cubre su cuerpo. Sus ojos se le aparecen después de tantos años, enormes en las olas de tristeza de unas caras que batían ya sin fuerzas contra los acantilados del rencor. Hace un año que no se mira en un espejo, pero sabe que desde entonces su rostro refleja la derrota final de su cordura aquella tarde de domingo. Se acaricia la nuca y el agraz roce del cabello naciente dibuja ríos de leche en la palma de su mano temblorosa. Continúa por su cuello y entonces suspira con un punto de amargura en su aliento porque, dentro de unas horas, aquél se quebrará como la rama de un árbol bajo la tormenta, la misma que ha quebrado su vida.

Sin dolor, le ha dicho el burócrata. Sin dolor. Se sienta en la yacija y se lleva las manos

a la cara. Sin dolor, repite una y otra vez, como un rezo, como si el acto de murmurar de continuo estas dos palabras pudiera ahuyentarlas; porque no merece una muerte sin dolor; porque Inés no murió sin dolor: padeció durante horas con su sangre inmaculada hirviéndole en la boca, ahogando sus súplicas. Porque ella sólo supo emborracharse con el flujo de la muerte de Inés, sabedora de que su propia vida también había acabado. Lo que restaba no sería más que un epílogo sin interés.

Dos vueltas de llave y el chirriar de la puerta le dicen que todo está por concluir. Tres figuras se recortan en contraluz sobre la viva iluminación del corredor. Detrás de ellas atisba la sombra del fraile revestida de oraciones musitadas. Entonces pierde los nervios y se abalanza sobre él gritando que no quiere que nadie le perdone; llorando que ella ya está muerta.

Dos guardias la sujetan y le esposan las manos a la espalda con rudeza, con una violencia indiferente.

Caminan por un pasillo flanqueado de celdas y vidas entre paréntesis. El suelo gris se desliza ante sus ojos; ve sus pies cubiertos por unas alpargatas de tela; observa fascinada como el uniforme de presidiaria se frunce sobre sus piernas formando ondas que lamen, ásperas, su

cintura. Sin dolor. El carcelero que abre la puerta de la última sala se sorprende porque cree haber visto una fugaz sonrisa en los labios de la condenada. La muerte que aguarda en forma de poste de madera es ya la única esperanza de escapar de un dolor que habita en ella.

Desde una de las paredes el Caudillo posa su atención sobre el Cristo de madera que cuelga a su derecha. Éste, a su vez, con rostro suplicante, contempla el techo de la estancia, concentrado en su propio tormento. Los funcionarios que allí la esperan rehuyen su mirada mientras fingen estar atareados en los preparativos de la ejecución. En una esquina de la sala unos escombros descansan sobre el lateral de un archivador oxidado. Uno de los cajones, tirado en el suelo, contiene los restos a medio quemar de varios expedientes. La oscura mella en el frente del mueble la observa con resentimiento porque ella aún existe. De algunos, ni el recuerdo de su muerte ha de conservarse. Y no le parece mal.

El golpe metálico de la puerta al cerrarse reverbera sobre las paredes alicatadas de la habitación y se confunde en su mente con los gritos de Inés. Unos gritos que pronto se desmenuzaron en sollozos, y en unas manos ensangrentadas que no lograron frenar la vida que se le escapaba a borbotones. Y a su lado él,

con los ojos abiertos mirando ya sin interés las nubes de humedad en el cielo de la alcoba.

Cuando se conocieron, aún adolescentes, solían pasar las tardes de verano tumbados en la playa viendo correr las nubes por el cielo. Se desflecaban en jirones de formas caprichosas y ellos jugaban a encontrar animales, rostros conocidos, figuras fantásticas. Fue con aquel pasatiempo infantil con el que se inició la tortura interior que la había llevado a aquella sala blanca, donde ahora la sientan en una desvencijada silla de anea que no consigue disimular su función de patíbulo.

Cada vez que él reconocía en un cendal de nubes a alguna de las jóvenes del pueblo, cada vez que escuchaba de sus labios el nombre de una de aquellas mujeres, un terrible ardor le inundaba el pecho, un fuego que se expandía por todas sus arterias y que llegaba a los lugares más oscuros de su cerebro. Sus palabras destilaban una ira apenas disimulada cuando le contestaba: “Pues no sé dónde le ves el parecido.”

Con el tiempo dejó de encontrar mujeres en el embozo del sol; ella creyó saber entonces que era su conciencia culpable la que le hacía eludir el juego de los primeros años de relación. Con constancia enfermiza había memorizado los nombres de todas las nubes

bautizadas y cuando paseaban juntos miraba al cielo y se los recitaba con tono silbante: “Mira, ahí va Begoña” o “¿No saludas a tu amiga Raquel?”. Él callaba. A veces simulaba no haber oído, otras asomaba una sonrisa triste a sus labios y agitaba la cabeza desechando las insinuaciones de su pareja. Sabía que toda explicación sonaría a disculpa y no haría más que desatar la agresividad apenas reprimida que se enredaba en aquellas frases.

En la soledad de sus tardes de matrimonio ella era consciente de lo absurdo de su comportamiento. Pero cuando su marido regresaba en la noche, su sensatez se nublaba bajo la cascada de sospechas y recriminaciones con las que asaeteaba la espalda en apariencia impasible del hombre. Sólo una vez se revolvió, sólo una vez levantó la voz y la mano amagó el golpe. Una mano grande, recia pero de palma suave, como la del verdugo que casi con ternura roza su cuello al cerrar la argolla metálica que la inmoviliza contra el poste; una mano que no descargó el golpe, que prefirió acariciar. Una mano que la acompañó al lecho.

Aquella noche concibieron a su hija, pero también desde aquel día el amor del hombre se transformó en el amor del padre.

Nueve meses más tarde cada caricia que recibía la niña era una quemadura en la piel de su madre. Los besos de su esposo sobre el

tierno cuerpo de la hija se transformaban en dentelladas en su vientre.

Años después, cuando por las mañanas él partía hacia el colegio camino del trabajo acompañando a la pequeña, ella se quedaba al pie de la ventana retorciéndose los dedos y haciendo crujir los nudillos. Entonces la máscara de cariño estallaba en pedazos; escondía las manos entre los muslos y en posición fetal se derrumbaba sobre la cama aún tibia del calor de su marido. Y lloraba. Y mordía las sábanas. Y pensaba en un destello de lucidez que su hija no era una nube a la que bautizar.

La capucha con la que cubren su cabeza eclipsa la luz amarilla que tiñe de orines los uniformes de sus verdugos. La capucha huele a vómito y sudores lejanos. Se agita con la inútil pretensión de apartar aquellos retales de otras muertes. Una voz escarpada le aconseja: “Será mejor así”. El mundo desaparece y ya sólo queda el eco de los pasos de sus carceleros en la desnuda estancia. Y la oscuridad.

La misma oscuridad que la envolvió una tarde de hace un año, en su dormitorio, cuando en la penumbra adivinó dos cuerpos.

Durante años las tardes de domingo se habían vestido con los mismos hábitos. Después de comer ella acudía a misa en la iglesia próxima mientras él se quedaba en casa y

dormía la siesta. Entretanto la niña se ocupaba de recoger la mesa y fregar los platos. Antes del oficio siempre se confesaba; cada semana el mismo pecado y la misma penitencia. Cuando caminaba entre las filas de bancos hacia el altar, cuando el sacerdote colocaba sobre su lengua la hostia, su espíritu se debatía entre la liberación que experimentaba después de un arrepentimiento verdadero, y la certidumbre de que una semana más tarde habría de verter en los oídos de su confesor de nuevo la misma falta, la misma sospecha. Una sospecha que sólo se desvanecía de sus pensamientos cuando ellos dos estaban juntos. Ellos dos y nadie más. Nadie más, reza desde el otro lado del paño negro cuando la primera correa le inmoviliza las piernas. Nadie más, regurgita en voz alta cuando la segunda correa le sujeta el torso contra el respaldo de la silla. Nadie más, chilla desesperada. Y es que no se da cuenta de que su cuerpo se vacía en convulsiones y de que sus ejecutores han de velar por que el trámite legal se cumpla con decoro.

Una gota salada le resbala por la mejilla hasta mojar la tela negra de la capucha. Un calor espeso la aplasta, como aquella tarde con el sol batiendo las calles, insensible ante los feligreses que regresaban a sus domicilios. La frescura de la escalera se disipó pronto con el esfuerzo de subir las cuatro plantas que la

separaban de su hogar. Abrió la puerta con sigilo porque no quería despertarle aún. Evitó pisar en aquellas zonas del entarimado que era seguro crujirían bajo su peso. Las conocía a la perfección. No en vano había simulado aquella misma escena en muchas ocasiones cuando estaba sola. Se veía penetrando en silencio en su domicilio, avanzando por el corredor hasta la alcoba; entornando la puerta con lentitud mientras sus ojos se acostumbraban a las sombras de la habitación. Se recreaba ante la imagen que presentaba a su marido incorporándose en la cama y balbuceando disculpas por la presencia de su amante, semioculta entre las sábanas y temblando de vergüenza. Cada vez con una mujer diferente descendida de las nubes de su memoria. Nunca iba más allá; le bastaba con la confirmación de sus sospechas. El siguiente acto del drama le aterraba porque sabía que entre los bastidores aguardaba un personaje que no podría dominar.

Nunca ha recordado lo que hizo inmediatamente después de ver los dos cuerpos yaciendo sobre la cama. Su obra imaginada no se estaba representando como ella había previsto: desde las bambalinas había avanzado hacia el escenario una actriz que no conocía, la misma que acababa de detenerse en el umbral y escuchaba la respiración confiada de la pareja. La misma que ahora empuñaba un cuchillo de

cocina. Entonces los labios de la recién llegada comenzaron a recitar en silencio su papel. “Pero, ¿cómo puede ser? Está con otra mujer en nuestra cama”. En cada final de frase un sollozo servía de séquito a su recelo e indignación.

Penetró en el cuarto y el espejo de la cómoda le devolvió la imagen de una mujer de rostro demudado y mirada alucinada a la que no quiso reconocer, pero que tenía que ser ella misma. El cuerpo de la joven que dormía con su marido se fue perfilando en la penumbra. Cuando por fin distinguió sus facciones apenas logró sofocar un quejido que en su boca se convirtió en llanto. La otra, la del azogue, separó los labios y enseñó los dientes en un grito silente de furia. Aún resuena en su interior. Pero ya falta poco para que se libere de él. Las voces en la sala de ejecuciones se van apagando, se tornan susurros. Las paredes destilan silencio. Sólo oye el grito de la mujer del espejo.

Contempló la siguiente escena desde alguna recóndita cueva en los sótanos de su conciencia. Ajena. Indiferente. Su reflejo se aproximó a la cama y de un único golpe rompió el corazón del hombre con el cuchillo. Éste respondió con un espasmo, sus ojos se abrieron de súbito y se aferró a las sábanas en un intento inútil de comprender lo que había ocurrido antes de que la vida le abandonase a través de la carne violada.

La mujer del espejo dio la vuelta a la cama y se detuvo a observar el sueño inocente de la joven. Ella abandonó la gruta de su indiferencia y gritó desesperada, trató de detenerla, pero, impotente, vio como el arma teñida de rojo se elevó para caer veloz sobre el cuerpo dormido. La niña sólo consiguió emitir una especie de jadeo; se llevó las manos al vientre e incrédula descubrió la sangre que manaba de su interior. Luego sus ojos se volvieron hacia su asesina. Una única palabra acudió a sus labios en un lamento roto que ya se despeñaba en la negrura: “¿Mamá...?”

Cuando consiguió expulsar del espejo a la otra mujer, persiguió la mirada de Inés hacia el cuchillo que aún sostenía en las manos. Lo arrojó contra la pared, tensando el brazo en un arco que se diluyó más allá de la realidad, las puntas de los dedos huyendo una vida. Y se acuclilló en el suelo, al lado de su hija moribunda. Levantó las manos ensangrentadas con las palmas vueltas hacia su rostro, las giró y al otro lado de la cortina de sus dedos trémulos sus ojos se cruzaron con los de su hija. Inés, que apenas tenía ya fuerzas para llorar, susurró con los flecos de su voz una llamada en la que se mezclaban el dolor, la duda y la incomprensión: “¿Mamá...?”. Otra vez. Y el dolor. Otra vez. El de la niña. Y el suyo. La vida le duele, pero ya falta poco. Las voces han callado en la sala.

Un viso de realidad iluminó su vacilante cordura; mientras huía del dormitorio dando traspiés, tapándose los oídos con la sangre de su esposo y de su hija, la aturdió el horror por lo que acaba de hacer. Cada vez más débil, la voz de la niña abandonada y agonizante se fue disolviendo en la botella de anís con la que quiso engañar al dolor que ya estaba poseyendo su alma. Así la encontraron días más tarde, aún borracha, derrumbada en el sofá del salón. Dos pares de ojos ciegos la saludaron por última vez mientras los policías se la llevaban.

Alguien ha dado una orden. Un breve eco silba sobre sus sienes. Una presencia invisible se mueve a su espalda y deja un rastro de olor a naftalina y sudor rancio que escala por el interior de la capucha. Un aliento manchado de alcohol le rodea el cuello mientras perfila el camino señalado por el collar de acero.

Un engrasado roce de metal sobre metal y sus piernas se convierten en madejas de lana, y su cabeza quiere caer, escurrirse a través del aro que le oprime el cuello. La oscuridad termina en el paño que le cubre el rostro; y se vuelve más negra en el último instante. Sin dolor. El dolor acaba ahora.

Roberto Sánchez.

RELATOS EXTRAGRANJEROS

MATERIAL DE DESECHO



Quando Alberto salió aquel anochecer a depositar su basura en los contenedores que el ayuntamiento había colocado enfrente de su portal, se sorprendió al encontrar junto al depósito de restos orgánicos un ataúd.

"Claro", pensó. "Es lógico. Lo que hay dentro debe de ser sin duda de origen orgánico." Se imaginó la incertidumbre y los titubeos de quien, tras mucho cavilar, lo había dejado por fin al pie del contenedor verde. Que decidiera el personal de recogida, que para eso eran especialistas técnicos en higiene urbana. Un ciudadano de a pie no tenía por qué dominar tales sutilezas.

Y recordó la cantidad de veces que a él mismo le habían surgido las dudas a la hora de clasificar la basura. Porque a menudo lo desechable no es blanco o negro, sino infinitas variedades de gris. A veces se encuentra uno con inquebrantables alianzas de metal y vidrio, o de plástico y papel que casan mal con los planes del municipio.

Pero se fijó más despacio en el ataúd. Tenía un tamaño raro, ni pequeño ni grande, sin ningún signo externo, una caja alargada de tablones sin pulir de un color pardo, como si se hubiese reutilizado muchas veces o como si hubiese recorrido un gran camino expuesto a toda clase de inclemencias. No se atrevió a levantar la tapa, que se

Junto a la puerta del ascensor, Alberto se encontró con Cecilia, la vecina del cuarto que todas las tardes bajaba un rato al hogar del jubilado en el que tenían organizada una partida de bingo que levantaba pasiones entre la decena de adictos que constituían el grupo habitual. Alberto llevaba doce años viviendo en el edificio y siempre había conocido a Cecilia, en invierno y en verano, con aquel gorro amarillo de lana que le daba el aspecto de un bebé demasiado crecido. El ascensor estaba en uno de los pisos altos, así que Alberto se vio obligado a darle a la abuela un poco de conversación que fuese más allá del "buenas noches" de rigor.

-Cecilia, ¿se ha fijado que junto a uno de los contenedores de basura alguien ha dejado un ataúd? -le dijo a modo de comentario transicional.

-Desde luego, la gente cada vez es más descuidada -respondió aquella, dando escasos signos de haber prestado la más mínima atención a la noticia.

-¿Qué cree usted que habrá dentro? - insistió Alberto, empeñado en hacer partícipe a la vecina de su más profunda curiosidad.

-¡Qué sé yo, hijo! -eludió la anciana el compromiso-. Tal vez un muerto, ¿no? Tal vez un regalo de boda no deseado. ¡Qué sé yo!

Llegaron a la cuarta planta, donde descendió Cecilia, y Alberto continuó subiendo hasta el sexto.

Al entrar en casa, Alberto seguía intrigado, pero ante la imposibilidad inmediata de resolver el misterio, encendió el televisor y se sentó frente a él. Empezaban las noticias. Emitieron información local, nacional e internacional, como siempre, nada extraordinario. Efectuaron un alto publicitario antes de los deportes y, a continuación, apareció un busto parlante dando cuenta pormenorizada de todos los resultados de la liga de fútbol. Alberto, poco aficionado al balompié, fue cayendo en un agradable sopor.

Le pareció oír entre las nieblas del sueño una noticia de alcance, el accidente sufrido por un coche fúnebre en la circunvalación de la ciudad y el consiguiente extravío de un féretro. Creyó entender que alertaban a los ciudadanos y pedían su colaboración ante este hecho insólito, pero cuando Alberto abrió los ojos sobresaltado, la sintonía del final de la programación estaba ya en el aire.

Pensó que habría sido una traición de su subconsciente. Se levantó del sofá, se

frotó enérgicamente la nuca y se asomó a la ventana. Sin quererlo, su vista se fijó en los contenedores de basura, allí, seis pisos más abajo. El extraño ataúd seguía en el mismo sitio, pero arrodillada junto a él descubrió la silueta inequívoca de Cecilia. ¿Era ella? Desde luego, allí estaba su gorro amarillo, seña de identidad más válida que ningún documento. Pero ¿qué hacía? Estaba colocando unas flores sobre el ataúd. ¿Por qué, si no había mostrado el más mínimo interés cuando se lo comentó, bajaba ahora, de tapadillo, a rendir aquel homenaje? ¿Qué sabía ella que no le había contado?

Mientras Alberto seguía interrogándose desde su atalaya, Cecilia desapareció de su ángulo de visión. Alberto se acostó confuso esa noche y le resultó difícil conciliar el sueño. Se despertó súbitamente de madrugada. Sentía la vejiga llena. Fue al baño y, al volver, antes de meterse de nuevo en la cama, se asomó a la ventana. Alrededor del estrambótico ataúd había cuatro moteros enfocando toda la potencia de sus faros delanteros sobre la caja. Le dio la impresión de que ejecutaban algún raro ritual. En un momento dado, vertieron algún líquido procedente de un frasco sobre la caja; permanecieron todavía un rato haciendo extraños gestos; luego, arrancaron de forma sincronizada y desaparecieron.

¿Quién demonios estaba encerrado en aquel ataúd que atraía lealtades tan diversas? Alberto ya no consiguió pegar ojo en toda la noche, debatiéndose entre las sábanas sin encontrar postura. Amanecía cuando el estruendo del camión de la basura lo hizo volver a la realidad. Corrió hacia la ventana para acechar en qué condiciones se producía la recogida. El vehículo, con sus luces parpadeantes, se detuvo frente a los contenedores y descendieron de él dos



empleados enfundados en sendos monos de color pistacho. Procedieron con método al trasvase de bolsas y comentaron algo entre ellos señalando el ataúd.

Ahora que había algo de luz, Alberto pudo distinguir mejor lo que por la noche no habían sido más que conjeturas. Vio que las flores depositadas por Cecilia sobre el féretro no eran más que restos de una poda de geranios que presumiblemente la vecina había realizado en las macetas de su ventana y que el extraño ritual practicado por los moteros de madrugada se reducía a unos cascos vacíos de cerveza. Los basureros recogieron todo este material de desecho, pero no hicieron el más mínimo intento de mover el ataúd. Subieron al camión y arrancaron, perdiéndose calle abajo.

Alberto no salía de su asombro. Se vistió a toda velocidad y bajó a la calle. En el portal se cruzó con Cecilia, agazapada bajo su gorro amarillo y con una barra de pan integral en la mano. Al parecer, le gustaba desayunar con el producto de la primera hornada, pero Alberto no le hizo ningún comentario al respecto.

-¿Por qué salió ayer a poner flores en el ataúd? -le preguntó a bocajarro.

-¿Yo? ¿Flores? ¿En qué ataúd? -parecía un desconcierto sincero. No mostraba signos de recordar nada del comentario que él le hizo la víspera al encontrarse en el ascensor. La dejó con la palabra en la boca y se lanzó a la calle. Junto al contenedor seguía la caja en la misma posición. La observó desde todos los ángulos sin llegar a ninguna conclusión.

Subió a casa de nuevo, sin cruzarse con nadie esta vez. Intentó distraerse poniendo al día varios asuntos que había

ido relegando una y otra vez por falta de tiempo, pero le resultaba imposible concentrarse. Avisó al trabajo que no acudiría debido a una enfermedad transitoria y se apalancó junto a la ventana, sin quitar ojo del inusitado ataúd que a nadie más que a él parecía llamar la atención.

Transcurrieron las horas, lentas y pesadas, sin novedad. A eso de las tres, un perro se detuvo junto a la caja, la olisqueó, levantó una pata y meó sobre ella. Alberto sintió que algo se sublevaba en su interior por el agravio inferido. Esto le llevó a tomar una determinación. Descolgó el teléfono y marcó el número de Servicios Municipales.

-¿Un ataúd? -le preguntó la funcionaria de turno con voz aburrida. Alberto se la podía imaginar mascando chicle y limándose las uñas mientras hablaba con él-. ¿No será un paquete bomba? -le sugirió con la misma falta de emoción.

-No, no lo creo. Estoy seguro de que contiene un cadáver. ¿No podrían enviar a alguien para recogerlo?

-Es que el servicio de recogida de muebles y utensilios no toca hasta la semana que viene -dijo sin inmutarse.

-¿Y si se tratase de una bomba? - Alberto intentó hacerla reaccionar.

-Entonces no es asunto del Ayuntamiento. Debe usted llamar al 112 para que le envíen un equipo de artificieros -y colgó sin esperar respuesta.

Alfonso regresó junto a la ventana. Observó el objeto durante unos minutos más sin advertir ninguna variación. Volvió a levantarse y llamó al 112. Luego, bajó a montar guardia junto al ataúd mientras esperaba a la patrulla o

lo que demonios enviasen desde el centro de emergencia. Miró con conmiseración a la caja presentando sus respetos a quien fuese que se hallara en el interior.

Poco después llegó un furgón del que descendieron cuatro individuos protegidos hasta las cejas como si se enfrentasen a un desastre nuclear. Dos de ellos empezaron a bajar piezas que iban montando sobre la acera, hasta armar lo que parecía un robot de desactivación, mientras los otros dos acordonaban la zona. Ninguno se dirigió a Alberto podía haber peligro.

Transcurrida más de una hora y efectuadas todas las pruebas, concluyeron que lo que hubiera dentro de la caja no era de naturaleza explosiva. Así que recogieron todos sus bártulos y el equipo de artificieros se esfumó en su camión blindado. El ataúd volvió a quedar abandonado y Alberto sintió en su fuero interno una mezcla de ridículo e impotencia.

No era hombre religioso. De hecho, ni siquiera recordaba la última vez que había pisado una iglesia, pero algo le impulsó a buscar una solución drástica. Se acercó a la parroquia de Santa Eufemia donde encontró al cura en la sacristía, repasando el recibo de la compañía eléctrica y quejándose a media voz por el precio del kilowatio. Era un hombre que no llegaría a los cuarenta, con aspecto deportista y mirada franca. Alberto le refirió el caso.

Ya no sé a quién recurrir. A nadie parece importarles que un cuerpo se halle abandonado en medio de la calle. Estamos perdiendo la sensibilidad y eso me preocupa .

El cura le miró perplejo. Luego se ruborizó, se rascó la oreja izquierda y,

por fin, balbuceó:

-Bueno..., verá... Deje de preocuparse. Esa caja que usted me describe, no es ningún ataúd. Ayer estuve haciendo limpieza en el albergue. Los vagabundos que duermen en él, cuando se van, dejan tras sí todo lo que no les sirve: ropa demasiado gastada, zapatos viejos, linternas rotas..., esa clase de cosas. Fui yo quien metió todo ello en esa caja, que nadie sabe tampoco cómo llegó hasta aquí, y lo dejé junto a los contenedores porque no sabía cómo deshacerme de ello. No sabe cómo siento haberle creado tanta inquietud. Alberto salió de la sacristía sin despedirse. Se veía a sí mismo como un ser grotesco y zaherido, un bufón anacrónico expuesto al escarnio público. Es posible que los demás no lo vieran así, que ni siquiera se hubiesen dado cuenta de nada, pero esa era su propia percepción y le bastaba.

Al llegar a la altura de los contenedores, de regreso a su casa, se acercó a la caja que no era un ataúd y le propinó una buena patada con todas sus ganas. El golpe hizo que volcara y saltara la tapa, precariamente clavada con unas pocas puntas. Sobre la acera quedó desmadejado el cuerpo inerte de un niño de unos doce años. A la altura de la base del cráneo dejaba ver una mancha oscura de sangre seca.

Esther Zorrozuá.

AVANCE DE BARATARIA. Literatura en la Granja, nº1.

SECCIONES.

LA GOLA.

Una galería de personajes granjeros. Unas veces en solitario, y otras al alimón, contestarán a siete preguntas. Sus respuestas ayudarán a los lectores a adentrarse en su universo vital y literario. Jon Rosáenz y Adrián Arza serán los primeros invitados.

LA VENTA DE DOÑA SOL.

Doña Sol ha abierto su establecimiento en **BARATARIA**, para dar posada a los viajeros de antaño que no encuentran albergue en los estantes de las librerías de hoy, abarrotadas de guías de viaje. La amable ventera presentará al lector en cada número de la revista a uno de sus huéspedes: exploradores y soldados, marineros y comerciantes, escritores y científicos que contarán su vida y sus experiencias de trotamundos, con la esperanza de que el lector se interese por ellas y, por qué no, trate de emularlas aprendiendo a viajar a pie por las viejas sendas de carretas. En esta ocasión, Doña Sol se encontrará con Homero.

RELATARIA.

La publicación de un relato inédito resulta una experiencia inefable, algo así como el hallazgo de un planeta desconocido. El descubrimiento ya ha tenido lugar, y decenas de insólitos planetas literarios aguardan a que el lector los conozca.

Selección hecha por Agurtzane Zalbidea.

LA CAJA DE LOS TRUENOS.

La lectura de un libro supone un raptó de plenitud liberadora que proporciona al lector una vivencia exclusiva e intransferible. Es un particular vuelo interno por el espacio infinito de las palabras que desata pasiones en su ánimo, obnubilándolo, entristeciéndolo, malhumorándolo, cautivándolo, alegrándolo, etc... Es conveniente y recomendable compartir de alguna manera esta vivencia única con los demás. Así, La Caja de los truenos esconde un crisol de diferentes vivencias referidas a un mismo libro. Una vez abierta, todo es posible... El libro que se presentará en comentario es *El amante bilingüe* de Juan Marsé.

ICONOS.

El diccionario de la RAE presenta varias definiciones para la palabra icono. La más clásica hace referencia a una representación religiosa usada en las iglesias cristianas orientales. También se describe el término icono como un signo que mantiene una relación de semejanza con el objeto representado. Hoy en día se habla de iconos cuando nos enfrentamos con la imagen del Che Guevara coronado con la estrella roja o de Marilyn Monroe lanzando sus labios encarnados al centro de nuestro deseo. En un mundo eminentemente audiovisual como en el

que vivimos, las imágenes nos asaltan, inundan nuestra vista. Algunas de ellas, no obstante, nos hablan, nos observan de una forma especial, porque son ellas las que nos eligen, las que se clavan en nuestro cerebro y se transforman en algo que va más allá de la mera representación objetiva / subjetiva, del simple instante congelado. Son ellas las que abren la puerta de algún desván polvoriento de nuestra vida. Nuestra mirada se queda prendida de sus formas, de sus colores, de unos rostros, de unas sonrisas, de un gesto de sorpresa, de un valle en calma... No importa de qué. La imagen se convierte en un icono, en nuestro icono particular, en la representación de nuestra religión; y nos susurra su historia. Una historia que hacemos nuestra y que ahora, si el lector quiere, puede compartir. En el próximo número de la revista, se expondrán a su mirada dos fotografías de la época de la Segunda Guerra Mundial. Una recoge el instante de la liberación del campo de concentración de Mauthausen; y la otra, la imagen de uno de los vagones de ganado en los que se trasportaban a los deportados, una foto en la que podemos apreciar cómo asoma el rostro y la mano de uno de ellos por la portilla de ventilación.

AFORISMOS DE LA GRANJA.

Todo aforismo trata de abrir un pequeño universo al lector, mediante observaciones perspicaces, finos apuntes y reflexiones de largo alcance. Con cada aforismo, gracias a unas pocas palabras, florece un nuevo pensil, habitado por sentimientos e ideas. Es eficacia y economía literaria. En esta sección, se recogerán las más bellas flores del jardín de la aforística y se recopilarán, en pequeñas dosis, aquellos aforismos inmortales escritos por

autores de prestigio; aunque también tendrán cabida otros de cosecha variopinta. Eso sí, siempre priorizando el afán didáctico que ayude al lector a desentrañar las posibilidades del mundo recién creado, tras la lectura de un aforismo. En el siguiente número de la revista, el lector podrá disfrutar con la lectura de aforismos de Kafka, Pessoa, Canetti, Pavese, Proust y Nietzsche.

IMAGINARIO.

Es la página de cómic literario, una muestra gráfica en tiras de dibujos y textos que versionará pasajes, escenas o capítulos de diferentes obras literarias, con trazo desinhibido y toques de humor.

LA BUHARDILLA.

La Buhardilla obedece al propósito de fomentar la afición por la literatura y de promocionar creaciones literarias olvidadas y a autores poco conocidos, así como de estimular la curiosidad del lector por conocer algo más sobre ellos. La sección revestirá una forma lúdica, de pasatiempo, pues se presenta como un juego con el lector, en el que se ofrecerá a éste un fragmento de una novela o un relato breve, para que averigüe el título de la obra de que se trata y el nombre del autor. Entre los acertantes se sorteará un libro.

LA SAGA DE LOS CORREOSOS.

No todo es bello y armonioso. “El hombre es un lobo para el hombre”, dijo Tito Maccio Plauto en un brote de lucidez, y de eso trata esta sección.

Contaremos historias reales, escabrosas, sin ambages o eufemismos, con luz y

taquígrafos, tal y como es la vida, llena de contradicciones.

Historias de gente aviesa, sin escrúpulos, egoísta, primaria, pervertidos de bolsillo, amargados sin motivo, libidinosos sin pareja; en fin, historias de correosos. En la primera entrega el lector podrá disfrutar de la triste historia de un hombrecillo sosegado y blando, envuelto en las grasas caprichosas de una soprano famosa. Es una croqueta con forma de relato que tiene un título pretencioso: "Casta Diva".

LA LITERATURA EN EL CINE Y/O VICEVERSA.

La literatura es una insuperable fuente de inspiración para los guionistas de cine, y es frecuente la realización de versiones cinematográficas de novelas y obras de teatro. Trataremos de analizar estas versiones y de mostrar al lector cómo son adaptadas a la gran pantalla y, también, cómo son percibidos e interpretados los personajes que pueblan las obras literarias, así como las reflexiones que exponen y sentimientos que suscitan. Entre falsas expectativas y memorables recreaciones, viajaremos buscando el camino de regreso a casa, malditos por los designios de los dioses. Para unos será Ulises, para otros Kird Duglas; pero todos sucumbiremos al canto de las sirenas.

El libro-filme a considerar será *Blade runner vs ¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*

"Yo he visto cosas que vosotros no podríais creer. Naves de ataque en llamas más allá de la espalda de Orión. He visto Rayos C brillar en la oscuridad, cerca de la puerta de Tanhauser. Todos esos momentos se

perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia. Tiempo de morir".

Porque nadie se despidió de la vida de una forma tan bella como Roy Batt, porque es la frase más célebre de la historia del cine, porque hay poesía en cada fotograma, por eso Blade Runner inaugurará esta sección.

EL CORAZÓN DE LAS PALABRAS.

Las palabras no son sólo la expresión gráfica de conceptos, nombres, sentimientos, objetos y deseos. Son mucho más: seres en tinta con entidad propia y con un corazón que late en pálpitos de comunicación, seres que ayudan a los individuos humanos a comprender el mundo, a inventarlo, sentirlo y cifrarlo en teorías, tratados, axiomas, silogismos, novelas, recetas, metáforas y poemas. Aquí las analizaremos a corazón abierto. Las dos primeras serán la palabra "y" y "lóbrego".

ENTREVISTAS EN LA GRANJA.

La Entrevista es un género literario que comprende dos partes: una, la inquisitoria, compuesta por la batería de preguntas hechas por el entrevistador, que deberá formularlas con mimo personal e intención indagatoria; y dos, la comunicativa, elaborada con el contenido de las respuestas del entrevistado, que deberán tener valor informativo. Poseer una nómina de autores interesantes, dispuestos a someterse a ser entrevistados, es complicado y trabajoso; aunque, bien es cierto, contamos con algunos prestos a colaborar, que han aceptado el envite. Cuando éstos nos falten, para llevar a cabo nuestro cometido, realizaremos

recreaciones de entrevistas a literatos ya fallecidos. De una u otra forma, lo conseguiremos. El protagonista de la primera entrevista es el escritor catalán Julio Manegat.

RESEÑAS EN EL METRO.

Por sendas poco frecuentadas, veredas escabrosas o ramales semiabandonados transitan obras que merecen otro trato. Lejos de los grandes bulevares por donde pasean arrogantes *El Código Da Vinci*, *La Sombra del Viento* o *Harry Potter*, agonizan en silencio libros intensos, hermosos, honestos, que se cubren con ropajes de modas ya en desuso.

Sugeriremos y recordaremos al lector esos libros silenciosos que, a buen seguro, le llenarán de la música del amor por la literatura.

Serán dos obras cada vez, que le invitarán a pasarse de su parada del Metro. En esta ocasión, una de Blas de Otero y otra de Francisco García Pavón.

POEMANÍA.

La poesía es un arte entrelazado con la religión o el misticismo y la propia metafísica, que trata de definir la realidad y obrar el sortilegio de la creación de nuevos mundos, a veces imaginarios y utópicos, y a veces descarnados de hiperrealismo. Es además un análisis lúcido y cristalino de la vida, entendida ésta como la fatalidad de un equilibrio imposible entre la sinceridad y el fingimiento, como una dialéctica absurda entre el consciente y el inconsciente. Y es también un ejercicio de paroxismo que concluye en la expresión de las vivencias más íntimas en forma de poemas, algo similar a una crónica de una búsqueda de la verdad en el universo caótico de

los sentimientos, que solamente puede realizarse utilizando el caleidoscopio de las emociones.

A lo largo de los siglos, los poetas han estampado estas emociones, sentimientos, latidos y verdades en memorables versos, que trasladaremos a los lectores para su deleite. Los hemos seleccionado, distinguiéndolos en dos grandes apartados: Poetas Clásicos y Poetas Contemporáneos. Será un placer presentártelos a ti, querido lector. Lo haremos escribiendo sobre sus vidas y recordando sus textos; y, a partir de éstos, desentrañando sus pensamientos y teorías estéticas, por medio de la práctica de la hermenéutica. Comenzaremos con el poeta español Juan Ramón Jiménez y el poeta peruano Salomón Valderrama Cruz.

EPISTOLARIO.

Desde hace años los miembros de La Tertulia de La Granja hemos recuperado la antigua práctica de la relación epistolar. Nuestras cartas reflejan inquietudes que nos asaltan, discusiones que nos unen, intercambios de ideas que nos enriquecen. Todo ello a la velocidad de los tiempos actuales, con total inmediatez. Los correos de antaño se han convertido en iconos proyectados en la pantalla de un ordenador. Pero lo que surge después de un doble clic es tan auténtico como lo que asomaba desde un sobre rasgado, entre un lacre quebrado. Aquí presentamos al lector algunos de esos juegos que nos hicieron aprender, reír, que nos emocionaron. Quizá él también tenga que coger la pluma y grabar con tinta las páginas de cristal de su memoria.

